*BUSCAVIDA$*

*LA ESTRELLA DEL PACÍFICO*

ADOLFO GARIJO

A.G.

Copyright © 2023 Adolfo Garijo Mazarío

Todos los derechos reservados

ISBN 978-84-09-48465-2

***Inspirado en los cientos de pequeños camellos y grandes drogatas, que poblaban la prisión de Carabanchel, en Madrid, cumpliendo penas por tráfico de drogas entre los años 1985 y 1987. De ellos, tomé para esta historia los motivos, las ambiciones, los deseos.***

***Creo que también hubo en Carabanchel algún gran narco, de los que asesinan, cuentan millones y salen en los noticiarios, e inspiran películas. Nunca conocí a ninguno.***

***https://teleprisioncarabanchel.com/index.html#carcel***

Introducción

<<De él se decía que había sido un imbécil y un cobarde, aunque tuvo el mérito de intentar vivir mejor. Su padre nunca quiso saber nada de ellos, por eso les abandonó. Su madre, desde luego, era una mala zorra, sin sentimientos, ni escrúpulos.>>

Para ver la prisión de CARABANCHEL en los años 80 visita la página de: https://.teleprisioncarabanchel.com

SUCEDIÓ EN LIMA Y MADRID, EN EL AÑO MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y ...

I EL VUELO

El avión despegaba de Lima en medio de una temperatura sofocante. La calima brotaba del océano y se cernía sobre la ciudad, poniendo un velo discreto en las dilatadas chorreras de miseria de los barrios de pobladores. A Ítalo, de rasgos mestizos, moreno, unos treinta años, sentado en clase turista junto a la ventanilla, siempre le hubiera gustado vivir en un buen barrio de la ciudad, como Miraﬂores. Después de semanas, esperando el momento de su primer despegue, para poder ver Miraflores desde el aire, la calima se lo impedía. La pesada mole del avión, mientras dejaba ruidosamente el suelo, sobrevoló algunas casitas de madera y hojalata, se internó un poco en el mar y giró hacia el lugar donde sale el sol, rumbo a Europa. Imposible ver nada de Lima a vista de pájaro. Semanas esperando, para nada. Quizá fuera mejor así. A ﬁn de cuentas, la conocía demasiado. El barrio de Rímac, donde había correteado de pequeño, se había hecho más y más pobre, conforme él había ido creciendo. No importaba que fuera un barrio de clase media. Las clases medias del Perú, durante los años de su adolescencia, se hundían un poco más deprisa de lo que lo hacía el país entero. Y junto a Rímac, al otro lado del cauce seco del río, crecían los barrios de pobladores. Muchas veces de niño se había enzarzado a pedradas con los niños invasores del otro lado. ¿O eran ellos los invasores?. No lo recordaba. Al final, la miseria les había ido hermanando. Su padre, había comprado una casita pegada a los muros de la Guardia Republicana y aguantó unos años a su madre, antes de desaparecer. Habían tenido cuatro hijos. Él era el segundo. Su hermano mayor, el más guapo, porque había salido favorecido con los rasgos de su padre, estaba en una cárcel de Lisboa. Ítalo, se revolvió en el asiento. Ahora iba él hacia lo desconocido y todo dependía de su buena suerte. No se fiaba mucho. A pesar de la ropa impecablemente hortera, comprada por él mismo en Miraﬂores, nadie podía negar que había heredado los rasgos de su madre. Isabel y La China, sus dos hermanas pequeñas, confiaban en él. También Diego, el hermano listo de rasgos blancos, metido en una cárcel de Lisboa, confiaba en Ítalo, ahora que sólo podía esperar. Y, por supuesto, su madre. Su madre esperaba el dinero que Ítalo traería, para pagar los gastos de sus hijas, para seguir viviendo en Rímac, sin tener que limpiar por una miseria las casas de los demás.

Ítalo había querido a su madre, aunque -pensaba con aprensión-, todos los que habían llevado los paquetes de su madre, tarde o temprano, habían ido a prisión. Sacudió la cabeza para concentrase en lo que veía al otro lado de la ventanilla y ahuyentar los miedos. Nunca había volado en avión y ver los Andes desde arriba, debajo de las nubes, le producía una sensación desconocida. Era como poder disfrutar de la libertad. Los picos blancos, muy blancos. Cuyas cimas eran inaccesibles desde el suelo, estaban ahora debajo, inmóviles, impotentes, doblegados.

La camarera llegó y pidió una botellita de vino tinto. Sería la primera vez que probaba el vino español. Observó al pasaje con atención. Todos demasiado elegantes. No sabría decir si entre ellos había algún policía, pero desde luego, él era de los pocos pasajeros cuya cara delataba claramente sangre indígena. Bebió un trago de vino. Era agradable. No tenía el sabor áspero de las botellas baratas de vino chileno de las tiendas de abarrotes de Rímac. Se recostó en el asiento. Quedaban muchas horas de vuelo. Su madre le había advertido que procurara dormir para que no se notara la tensión de su rostro. Le fastidiaba no haber visto Miraﬂores desde el aire. La calima era una mierda en Lima. Recostó la cabeza y se acordó del restaurante sobre el mar, donde les había invitado aquel español que conoció semanas atrás: La Rosa Náutica. Un lugar tan elegante, que su familia dudó, turbada un momento, a la puerta. El español, de unos treinta y cinco años y bien parecido, pidió mesa para seis. El maitre les condujo a un rincón profusamente decorado de plantas, desde donde se veía el mar y se le sentía debajo, ya que el restaurante estaba construido sobre el agua.

A unos centenares de metros, tras el ventanal, sobre un islote, varias vacas marinas se bañaban en la fría corriente del pacíﬁco. El español pidió pisco sauer para todos y les ayudó a elegir los platos. Hacía confidencias con el camarero y aparecía algo nuevo y sabroso sobre la mesa. Seguramente, le conocían. Ítalo le admiraba. Hacía como si tal cosa, lo que a él le hubiera gustado siempre poder hacer. Le había conocido por la mediación de un antiguo profesor suyo, que les presentó. Luego, fueron en viaje de negocios, con mucho dinero en el bolsillo para las compras especiales que pretendía hacer Ron, como decía llamarse, pero esa noche, el español había querido salir a tomar un trago. Y tomaron varios. Acabaron en un antro de Arequipa donde las chicas se les pegaban al oír el acento de su amigo y ver la fluidez con que manejaba los dólares. Ítalo, que horas antes le había desaconsejado el capricho de visitar ciertos lugares, estaba contento y bailón, despreocupado tras varios tragos, cuando el español le susurro al oído que estaban regularmente acompañados. La mayoría de los hombres que había en el local cuando entraron, se habían ido retirando, y en su lugar, otros extraños les miraban torvamente. A Ítalo, se le cortó la respiración. Conocía su país y su miseria. Sintió miedo. El español pidió una música más alegre y bailaron en corro. Cuando en una de las vueltas pasaban cerca de la puerta, el español tiró fuerte de su mano y ganaron, en un momento, el pasillo de salida. Al final del estrecho corredor, en la puerta, un hombre les cerraba el paso. Ítalo todavía recordaba la sonrisa del español, cuando se echó mano a la cintura y miró fijamente al de la puerta. Salió así, sonriendo angelicalmente, sin que el otro se atreviera a echar mano de la pistola, o del cuchillo, por miedo a que ellos se le adelantaran. Si lo hubiera hecho, no habrían ido muy lejos, porque estaban desarmados. Una vez fuera, corrieron hasta la esquina más cercana. El español se reía, pero Ítalo estaba pálido. Podían haber salido muy mal parados de aquella pulquería. El español se limitó a darle una palmada en la espalda, al decir:

—¿Sabes jugar al mus?.

—No.-Respondió Ítalo. Y le contestó el español-:

—Es igual. A veces, si no se tienen buenas cartas, te lo tienes que jugar todo a un farol. Sino, pierdes el juego y el respeto del contrario.

Sí, había estado bien aquella comida en La Rosa Náutica. El trato que les dieron los camareros, el respeto con que les retiraron las sillas, sin haber mirado siquiera la propina, porque sabían de antemano que sería abultada. Ítalo, se reclinó en el asiento del avión. Su mirada se cruzó con la de una chica rubia que le observaba con curiosidad. Cerró los ojos e intentó descansar, pero sólo volvieron los recuerdos.

Por la mañana, el español le despertó temprano y le metió la cabeza bajo el grifo. No quería pasar otro día en Arequipa y se había ocupado de alquilar un taxi. Tras desayunar, el taxi, un viejo Chevrolet de seis cilindros, tomó la pista que atravesaba los Andes, camino de Puno. Subieron y subieron por pistas polvorientas, hasta atravesar las nubes y más arriba. Buscando siempre el cielo azul, hasta que, sin dejar de ascender, se internaron en la niebla de nubes más altas, y después, las nubes quedaron abajo, como una alfombra, o un ancho mar, del que asomaban picos aquí y allá, como un lago interminable de algodón. Tras ascender aún más, al llegar al altiplano, viento y soledad. Poblados de chapa atravesados por alguna india presurosa y lagunas de borde salado, blanco como la nieve, rodeadas por bandadas de pelicanos, de un color rosa, tan intenso, que admiraron al español. —De ellos se tomó el color de nuestra bandera -explicó Ítalo-. El español lo miraba todo fascinado. Ítalo tenía la sensación de que veía cosas que él no veía, o era sólo que se maravillaba más. Cuando llegaron a Puno, con el pelo y las cejas blancas por el polvo de las pistas, se registraron en el hotel. Eran sólo las cinco, pero ya se había hecho de noche y un frío intenso cayó de repente. El comedor estaba solitario y desabrido. Cenaron pejerrel y agotados por el largo viaje, se fueron a acostar.

Al día siguiente, subieron a la chacra. El español andaba deprisa. No parecía afectarle la altura, que oprimía el pecho y hacía andar despacio a los achaparrados y avezados indígenas. Le enseñó a ocultar la pasta de cocaína en piezas de artesanía. Le enseñó a manejar la cola de carpintero, la arcilla, y a envejecer los objetos. ¡Era tan fácil ocultar algo, cuando se sabía hacer!. Los ojos de Ítalo, conforme se iba abriendo camino, a través de ellos, la comprensión, se asombraban de su propia imbecilidad, del talento ajeno y de que nunca se le hubieran ocurrido cosas tan evidentes. Pero ese era el mérito del trabajo, que a nadie se le ocurriría buscar la coca en esos objetos, si los ocultaba un experto.

Los de la chacra, que al principio habían recibido recelosos al español, tras ver su trabajo, le miraban asombrados, como a un chamán. Hasta que Ítalo se lo llevó aparte, para que le enseñara los últimos toques del trabajo, lejos de sus ojos. A la tarde comieron choclo con queso y bajaron otra vez a Puno. La mercancía saldría al día siguiente, en otro transporte, camino de Arequipa. Ellos embarcaron a través del claro Titicaca hacia las islas de los uros, que viven sólo de la pesca y del turismo, sobre sus pequeñas islas de juncos flotantes. La vida era sencilla entre los uros. Mientras las mujeres realizaban trabajos de artesanía, los hombres pescaban. Luego, muy jóvenes, debido a la humedad y al frío de la noche, contraían enfermedades reumáticas. Pero aún así, se resistían a vivir en Puno. Algunos de ellos fueron allí a estudiar, pero habían regresado luego, para enseñar a escribir a sus niños. Y porque nada podían hacer en una ciudad de vida difícil y menos libre. Al español, no le interesaba la artesanía del junco, solo quería ver su forma de vida. Compró todos los dibujos de los niños de la escuela por veinte dólares. Eran unos dibujos de peces, soles y barcas. Muy bonitos. Esperaron después dos días en Puno, a que llegara el indio Juan.

—Favor con favor se paga -le había dicho el español-. Yo te enseño a esconder la coca y tú me llevas hasta tu indio.

Juan apareció de amanecida. Era un indio viejo con unos curiosos ojos hundidos y risueños, que parecían desmentir la edad que proclamaban las arrugas de su rostro. Embarcaron rápidamente y navegaron a través del lago Titicaca, hasta un pequeño poblado en la costa boliviana. En el embarcadero, les esperaban dos mujeres ataviadas con sombrero y polleras. Impenetrables, bajo su cara de luna llena. Al verles, se limitaron a dar la vuelta, a la voz de :

—¡Vamos!, -invitándoles a seguirlas-.

El indio Juan les sonreía, mientras caminaban, no sabían hacia dónde, enseñando una dentadura blanquísima, perfecta. Seguía sonriendo, al ver la cara de asombro de Ron, como se hacía llamar el español, cuando tuvo en sus manos las piezas precolombinas, que refulgían en el claroscuro de la cabaña con bri-llos verdes y dorados. Eran piezas auténticas, regalo de los antiguos para los moradores de la selva, que conocían sus secretos.

—¿Qué harás con ellas?. ¿Las fundirás ?-Le preguntó el indio Juan-.

Ron miraba extasiado una representación solar en oro y amatista, tan grande como las dos palmas de su mano. Sonrió también al contestar.

—No. No se fundirán. Lo hermoso es el arte, el trabajo...

—Me gusta que no se fundan. -Había dicho resueltamente el indio Juan- ¿Nos pagarás ahora ?.

Ron, movió afirmativamente la cabeza. Permanecía emocionado, viendo a la luz de los rayos de sol que se filtraban por el techo de la cabaña, la finura, el buen gusto del artista que había modelado el oro para mayor gloria de su dios. Sacó un fajo de dólares del bolsillo y lo extendió hacia el indio Juan con una sonrisa de agradecimiento. Mientras le decía:

—Es una pieza muy bella. ¡ Gracias, Juan !.

—A ti, hermanito. Por comprar con buenos dólares. -Le respondió el indio Juan con una sonrisa-. Así había aprendido Ítalo a esconder la cocaína. A partir de aquí, podía empezar a hacer negocios. Esa noche bebieron chicha, bebieron pisco, bebieron whisky y tomaron coca. Bailaron como locos hasta caer agotados, mientras tiraban las últimos vasos por la ventana. Fue una buena noche, bebiendo y bailando, que cerraba un buen negocio. Ítalo se excitaba aún, recordando la atmósfera de aquel local lleno de humo, las rayas de cocaína procesada como escamas de madreperla, que allí, a pesar de ser un centro de producción de pasta base, casi nadie podía tomar, porque era muy cara. Pero que, ahora, todos sacaban para enseñársela al español, porque pensaban que era traficante de todo lo que se podía comprar con buenos dólares. ¡Quien sabe! . Quizá un gran cliente. Y el español bebía, e invitaba a beber. Alegre, contento, simpático y derrochador. Educado con todos. Cuidando mucho de no faltar a nadie, con un guardaespaldas sereno que vigilaba tras ellos. A media noche, Ron, invitó a los que quisieron, a empapar la bebida para seguir bebiendo y trajeron un gran plato de pejerrel. Después, bebieron más. Al día siguiente, cuando se despertaron, era otra vez de noche y no sabían cómo habían llegado al hotel. Durmieron de nuevo, antes de tomar un avión para Arequipa y desde allí, en autobús, atravesaron las calcinadas soledades que llevan a Lima. Parando sólo cada muchas horas para beber, orinar y comprar choclos a las indias vestidas con polleras.

El avión acababa de aterrizar en Guayaquil. Ítalo paseó su última pre agonía entre las soledades de la tienda libre de impuestos, compró una botella de whisky para regalarla en Madrid y esperó su agonía: pasar la aduana, al llegar. Pero el avión no tenia prisa y la noche fue, todavía, larga. Ítalo se durmió, sintiendo entre los dedos la bolita de papel donde había apuntado el teléfono del español. Él le había dicho que se lo aprendiera de memoria y no lo apuntase, pero Ítalo no se fiaba de su memoria y lo había apuntado en un trocito de papel. La mala conciencia le ayudó a dormir. Sabía que si tenía algún percance, el español.-ahora ya no podría llamarle así, porque en España, todos son españoles- le llamaría por su nombre, que era Ricardo, Ron, como le gustaba que le llamasen-. Si pasaba algo, Ron era su única esperanza de no quedarse solo, como su hermano, preso en una cárcel de Lisboa. La novia de su hermano, española, le esperaba en Madrid. Pero no sabía si podía fiarse de ella, como no podía fiarse de su madre.